

DOSSIER

***Representación (de) colonial:
lenguajes de los saberes en América Latina***

PRESENTACIÓN

Valeria Añón

**Universidad Nacional de Tres de Febrero – Universidad de Buenos Aires,
CONICET**

Es doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesora adjunta de Literatura Latinoamericana I en las universidades de Buenos Aires y La Plata e investigadora independiente de Conicet, ha dictado cursos de posgrado en la UNTREF, UNR, CLACSO, UNAM (México), Ca Foscari y Verona (Italia). Sus temas de investigación se centran en la literatura colonial latinoamericana (en especial, crónicas de la conquista de México y Perú, y escrituras femeninas), estudios culturales y estudios pos/ decoloniales.

Contacto: valeuba@gmail.com
ORCID: 0000-0002-6306-2503

Mario Rufer

Universidad Autónoma de México, CONACyT

Estudió historia en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Es maestro y doctor en Estudios de Asia y África por El Colegio de México. Actualmente es Profesor-Investigador Titular en la UAM, México, donde enseña Teoría de los Procesos Culturales y Teoría Poscolonial. Ha sido profesor invitado en Bielefeld, Alemania; UCLA; Universidad del Cauca, Universidad de Buenos Aires, entre otras. Sus líneas de investigación se centran en los estudios culturales y la crítica poscolonial, historia y memoria, usos culturales del pasado, el patrimonio y la temporalidad. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACyT.

Contacto: mariorufer@gmail.com
ORCID: 0000-0002-2335-1335

La crítica a la pregnancia del imperio y de los colonialismos, aún después de sus derrotas políticas, tuvo una impronta notoria en los estudios anglosajones de representación, discursividades y literaturas, y constituyó un campo conocido hoy como “crítica postcolonial” o *postcolonial studies*. Esto derivó en una atención privilegiada al universo de las mediaciones, las textualidades y las formas. En los aportes de Said, Guha, Bhabha, Chakravarty y Spivak, entre otros, se despliega una atención minuciosa al problema de la representación y de las voces subalternas, tanto desde la crítica como desde la historiografía.

En ese sentido, la espacialización que propone Said a partir de su lectura de Gramsci para una mirada crítica sobre el archivo literario europeo finisecular agrega una dimensión específica a los estudios poscoloniales, en tensión con cierta persistencia de la temporalidad, intersección que tendrá paradójicas consecuencias en el giro decolonial. Asimismo, el problema de las voces es desplegado con sutileza y complejidad tanto desde la perspectiva historiográfica de Ranajit Guha (en particular en *Las voces de la historia*, que incluye textos de principios de los años 80 del siglo pasado) como desde el interrogante por el habla del subalterno de Gayatri Spivak, pregunta retórica de respuesta negativa que tanta polémica causó y que sigue aún hoy, a nuestro juicio, insuficientemente comprendida.

En cualquier caso, espacialidad, temporalidad, voces, subjetividades constituyen dimensiones privilegiadas para pensar la representación en su polisemia, en su doble acepción (simbólica y política) para Spivak; también en su funcionamiento como inscripción y producción de una compleja persistencia colonial que no tiene afuera y cuyos indicios podrían leerse en los lenguajes de los saberes, por ejemplo, como este dossier propone. Así, a partir del trabajo con objetos literarios, artísticos, pero también coyunturales, los estudios poscoloniales en su tradición asiática y anglosajona se centran en asediar la representación desde una perspectiva crítica y teórica que es indispensablemente política, como señala Homi Bhabha en su siempre lúcido “El compromiso con la teoría” (1989).

En América Latina, por motivos que sería extemporáneo detallar aquí, la crítica poscolonial ha sido recibida con resquemores, cuando no abiertamente resistida, y es solo en las últimas décadas (digamos, desde comienzos de este siglo), y con la mediación de académicos locales o migrantes, que estas perspectivas entraron en el debate conceptual local. Esto quizá se deba a dos circunstancias concomitantes y contemporáneas: al impacto de los estudios poscoloniales en la academia norteamericana (nos referimos específicamente a los Estados Unidos de América) en los años 90 y a las polémicas a partir de

conceptos surgidos en el continente y con una larga tradición en la ensayística y el pensamiento americanos.

Las nociones de hibridez, mimesis, negociación, *in between* o “tercer espacio”, se entrecruzaban notoriamente con un archivo latinoamericano de persistencia y dinamismo conceptual en el campo de la crítica literaria y en el más amplio del “pensamiento latinoamericano”: antropofagia, traducción/transculturación, heterogeneidad, *ethos* barroco o la figura de “calibán” tenían una larga historia de uso y diálogo en el pensamiento local. Sin embargo, y quizá por el prolongado período colonial formal, muchos de esos conceptos no fueron engarzados directamente con “persistencias” coloniales sino más bien con la característica vernácula de nuestras naciones. El largo siglo XIX –para usar la acepción de Hobsbawm– se llevó gran parte de los estudios empíricos para trabajar esos temas y la fuerza de “lo colonial” quedó muchas veces replegada ante el ímpetu de abordar la construcción nacional de América Latina. Una especie de interés notorio en abandonar lo colonial para pasar a hacer frente a la característica vernacular de las naciones “mestizas” en todo sentido.

Fue Aníbal Quijano quien propuso en sentido fuerte que no puede percibirse un quiebre pasmoso entre colonia y república, sino más bien una regurgitación de lo colonial en la conformación de las ideas criollas, embarradas con la retórica ilustrada y los cambios notorios en la división de poderes, la ciudadanía y la conformación del Estado. Pero es justamente ese “embarre” – para utilizar una metáfora higienista– lo que signa, según Quijano, la matriz de las repúblicas latinoamericanas: en la sintaxis intercambiable de sus lexías (campesinado, mestizaje, negritud, criollismo) se cifra el carácter opaco de la colonialidad.

En este sentido, en América Latina es un lugar común mencionar que es la noción de “colonialidad” la que cumple el rol fundante de pensar las persistencias, las continuidades diferidas, las matrices actualizadas de lo colonial en el presente. Dicho concepto, acuñado por Quijano y derivado explícitamente de la sociología, tiene un derrotero vinculado a las ciencias sociales: la fuerza de las estructuras, de los imaginarios que convocan a pensar el hecho y la formación social, y al rol estructurante de la raza. A partir de esta propuesta del sociólogo peruano, que tiene sus orígenes en la década de 1970 pero que toma centralidad años después, comienza a constituirse un aparato crítico que designa nociones como “colonialidad del poder”, “colonialidad del saber”, “colonialidad del ser” y, en la última década, la apuesta de María Lugones, la “colonialidad del género”.

El problema es que en muchos casos el giro decolonial, aun cuando toma la noción de colonialidad como elemento central de su arsenal teórico, suele abandonar el campo de la representación, la forma y las mediaciones. Todo aquello que era clave en una “forma” de la biblioteca latinoamericana –

transculturación, barroco, traducción, calibán, reinscripción— aparece eclipsado en parte del giro decolonial por el trabajo con objetos empíricos a ser “descubiertos” en las prácticas ínsitas de investigación (economías “decoloniales”, formas comunales y decoloniales de existir que no han sido relevadas/reveladas, prácticas “no coloniales” de vida social, etc.), y se soslaya el foco en tipo de mediaciones (forma, signo, representación) que está en el centro de la existencia misma de cualquier objeto de estudio.

Así, el “giro decolonial” acentúa el alejamiento de las preocupaciones por el mundo de la representación: de los objetos textuales, de las producciones simbólicas, de las construcciones disciplinarias en tanto modalidades de lenguajes específicos. ¿Por qué ocurre esto? ¿Cuáles son las implicancias de hacer replegar el problema de la representación y sus matices? ¿De qué manera ingresan y se actualizan aquellas voces bajas que desvelaban a Ranajit Guha, y aquellos silencios de la voz del subalterno que postulaba Spivak? ¿De qué manera vincular “lo (de)colonial” con la forma, con matrices específicas de pensamiento, escritura y lenguaje? ¿Cómo pensar las “maneras de nombrar” en las literaturas, las visualidades y demás regímenes simbólicos que constituyen un archivo (de)colonial?

A partir de estos breves apuntes, este dossier se propone interrogar las posibilidades y los límites de la representación (de) colonial, en caso de que esta exista, así como realizar un abordaje crítico, no centrado en grandes nombres del autodenominado “giro decolonial” sino, por el contrario, en conceptos, dinámicas y formas de funcionamiento de este aparato terminológico que organiza el decir de este giro. Esto es así porque entendemos la representación no como una exterioridad, ni como una inscripción vinculada a una trayectoria específica, y porque tampoco entendemos el trabajo crítico como una genealogía de autores y frases célebres o como una deriva academicista sin potencia política. Por el contrario, pensar la representación (de) colonial y los saberes que se organizan para dar cuenta de ella implica concebirla como una maquinaria perezosa (tomamos la metáfora del Eco de *Lector in fabula*) que debe ser interrogada y asediada para que formule y dinamice sus sentidos.

En los textos que conforman este dossier, interesa asimismo abordar la constitución de los saberes desde una perspectiva (de) colonial, con eje en la “partición de lo sensible” de la que habla Rancière. Esto es, volver sobre la idea de Gayatri Spivak de que no existe exterioridad alguna entre la construcción moderna de las disciplinas y el conocimiento, y el ejercicio imperial. Y que la división entre humanidades/ciencias sociales, ficción/verdad, hipótesis/cadena textual, archivo/canon es, en gran medida, lo que habilita la persistencia de la colonialidad. De hecho, Spivak es quien más empeño puso para que la crítica a la colonialidad se viera afectada por una revisión integral de la noción marxista de representación (explícitamente la diferencia entre “estar por otro o en lugar de otro” —la representación en la teoría política

moderna–, y “volver a hacerse presente por medio del signo” –la representación en el lenguaje. La indistinción entre ambas acepciones, dirá Spivak, es el problema central de gran parte del postestructuralismo europeo que fue poco dúctil para analizar los problemas políticos de la acepción semiótica: esto es, que la forma en que los signos “vuelven a hacer presente” al referente está signada por lugares sociales, por la división internacional y colonial del trabajo y del género.

En este sentido, el trabajo de Carmen De la Peza interroga de manera central la compleja articulación entre lenguaje y conocimiento, y pone en escena las paradojas de la representación que las disciplinas no consiguen desentrañar. Desde una perspectiva situada como docente e investigadora, mujer, desde América Latina (México específicamente), preocupada siempre por la lengua, el poder y la cultura, De la Peza asume el reto de pensar qué significa la representación en nuestras sociedades imbricadas por la matriz de la colonialidad, y cuáles son los límites de los estudios culturales y poscoloniales para dilucidarlo. El nudo de su argumento atraviesa todo este dossier, puesto que vuelve sobre la insoslayable mancuerna que constituyen lengua e imperio, y que nos constituye como sujetos desde hace 500 años, al tiempo que aboga por la especificidad que las lenguas (orales, escritas, performativas) pueden imprimirle a la crítica latinoamericana (siempre considerando, además, la heterogeneidad constitutiva de este concepto).

En una línea que profundiza y especifica estas discusiones críticas, el trabajo de Andrea Gayet pone a prueba el aparato teórico y conceptual del giro decolonial, en particular los conceptos de “colonialidad” de Aníbal Quijano y “colonialidad del género” de María Lugones. En su artículo hablan y persisten las voces racializadas, subalternizadas y feminizadas de las “donadas” en el siglo XVII en la Nueva España, y en particular en las impresiones y los silencios que la voz de Úrsula de Jesús inscribe en su diario. Las bifurcaciones del texto son múltiples: al tiempo que interroga los bordes del archivo colonial (que repliegan pero hacen persistir estas voces), su relectura contribuye a configurar un archivo decolonial que, a contrapelo de la lógica excluyente de todo archivo, ponga en el centro aquellos discursos que solo han adquirido status de archivabilidad (según la concepción de Achille Mbembé) a través de la mediación, el control y la censura por parte del poder eclesiástico-imperial que define lo enunciable, en un contexto determinado y hacia el futuro.

Similar apuesta constituye el artículo de Cabrera, que analiza también una voz femenina, pero configurada desde el tipo de enunciación que permite el presente, y a partir de ella relee el archivo colonial de chileno y del Cono Sur de las últimas décadas. Se trata de la potente y heterogénea voz y escritura de Diamela Eltit, en una de sus novelas fundantes, *Por la patria*. El aporte de su enfoque radica en que se propone (y consigue) analizar “la configuración retórica del texto como materialización de un ejercicio de pensamiento

decolonial”, es decir, pensar la forma en que el maleable género narrativo denominado novela constituye en sí mismo un gesto social y político, en la medida en que habilita una reflexión situada sobre espacios y subjetividades (dos de los ejes críticos más acudidos en el giro decolonial) a través de un lenguaje literario complejo y dislocado. Así, el trabajo de Cabrera recupera la centralidad de la representación literaria para pensar lo colonial, y la potencia de sus presupuestos, dimensión especialmente relegada en el giro decolonial, como veremos en el último trabajo de este dossier.

“Otro relato”, del colombiano Cristóbal Gnecco, recupera irónicamente el tono de la epístola para desentrañar una narrativa que busca de algún modo explayar esa pregunta clásica de Michel de Certeau: “¿cómo retorna el otro al discurso que lo prohíbe?” (ref.). Dice Gnecco: “Crearon un relato en el que nosotros somos actores principales. Un relato extraño, eso sí, que buscó un lugar histórico para los seres liminares que crearon estas naciones –y que, al mismo tiempo, nos crearon como ‘cosas’–”. Gnecco reproduce en el texto el lugar del “nosotros” y “ellos”, la dicotomía colonial, para mostrar que lo único que crea la figura de un otro redentor, “no tocado” por la modernidad, no “contaminado” por el ojo desmesurado del imperio, es el imperio mismo. Para poner a trabajar esa doble acepción, la pieza experimental de Gnecco juega con la comprensión holística de un narrador imaginario. No es el “autor” / auctocritas, el que “devela” la estructura del logos, sino un narrador que pone en duda las operaciones epistémicas: “¿Un viaje en el espacio, nuestro viaje a las vitrinas y, antes, a los anaqueles de los depósitos?” Las nociones de colección, exhibición, reliquia y atavismo en el que son puestas las alteridades imaginarias de América, aparecen desplegadas en un texto que usa precisamente el arsenal moderno de la representación para mostrar su parroquialidad: la epístola, la anáfora, la aliteración y la pregunta retórica.

Este dossier propone preguntarse, entonces, si es posible pugnar por un archivo decolonial latinoamericano, entendido como una manera de identificar lenguajes críticos de la colonialidad en el terreno de las producciones simbólicas.